**Oración al divino Padre por los sacerdotes**

*P. Sergio García, msps*

Orar, ofrecer, dar la vida a favor de los sacerdotes. Este dar la vida no quita la responsabilidad que adquiere cada uno en el proyecto de Dios. Entendemos el valor y fuerza que tiene la oración de interpelación o intercesión. Es uno de los rasgos característicos de la espiritualidad de la Cruz.

¡La oración! Tenemos como consigna: “Nada sin oración, todo como fruto de la oración”. Se nos ha dicho que “somos lo que oramos”.

Santa Teresa nos dice que orar es “tratar de amistad con quienes sabemos nos ama”. Y nos ama más cuando nuestra oración es sacerdotal y por los sacerdotes.

*“¡Oh Padre celestial! Por las manos inmaculadas de María Santísima te ofrezco a tu Hijo Jesús y en unión con él me ofrezco por los sacerdotes infieles a su vocación, por los sacerdotes culpables que tan cruelmente desgarran al corazón santísimo de tu Jesús, contristan al Espíritu Santo y te arrebatan tu gloria.*

*No solamente quiero expiar esas horribles ofensas que hacen a tu Justicia y a tu Santidad las almas sacerdotales; no solamente quiero consolar al Divino Corazón de Jesús herido en lo más íntimo por tamañas ingratitudes; sino que quiero atraer sobre esas almas escogidas y perversas tu misericordia infinita para que las mires con tal ternura, y las toques con tal eficacia que dejen de seguir lastimando el Corazón de tu Hijo y lloren sus culpas, y se cambie su corazón y, purificadas sus almas y santificadas, cumplan con su misión sublime y reparen con su amor, sus sacrificios y su acción, sus pecados y ganen almas para ti y lleguen a transformarse en Jesús, como lo exige su santa vocación.*

*Mira ¡oh Padre! lo que Jesús ha amado a esas almas que llevan tu imagen; mira lo que sufrió por ellas, las gracias que en ellas ha derramado y la sed que tiene de esas almas sacerdotales.*

*Mira la ternura maternal de María por ellas, sus lágrimas dulcísimas y sus dolores virginales.*

*Mira la gloria que te darían si las perdonas y las conviertes, la necesidad que el mundo tiene de sacerdotes santos y el triunfo de Satanás si arrebata esas almas escogidas. Y deja que triunfe la ternura de tu corazón paternal sobre los abismos de ingratitud de esas almas descarriadas.*

*Para satisfacer tu justicia y atraer tu misericordia te presento los méritos infinitos de tu Jesús ¡oh Padre! ¿No superan en mucho los abismos de ingratitud de esas almas culpables y de todas las almas? Por las culpas de ellas te ofrezco la gloria que te da Jesús; por las ingratitudes de ellas, el amor de él, y por todo lo que ellas han hecho, los dolores íntimos, sacerdotales, inenarrables del Corazón de Jesús.*

*Con él, por él y en él me ofrezco yo también, pobre y miserable en mí mismo, pero riquísimo porque me diste a Jesús; en unión con él te ofrezco mis oraciones, mis méritos, mis inmolaciones por las almas de esos hermanos míos que quiero amar con la delicadísima ternura con que los ama Jesús; me ofrezco para todo lo que plazca a tu voluntad santísima, para que me utilices y me inmoles dándome gracias para ello, con tal que esas almas se salven y conviertan y te glorifiquen dándote almas.*

*Sálvalas, Señor y Padre tiernísimo, renueva en ellas tu imagen santísima; resucita en ellas la gracia que recibieron en su ordenación y derrama en ellas tu Espíritu Santo Paráclito que las limpie, reforme, santifique y las renueve en lo más íntimo de ellas.*

*No desprecies, ¡oh Padre!, la obra de tus manos; no permitas que sean vanos los sufrimientos que por ellas padeció Jesús, la Sangre preciosísima que por ellos derramó; no desoigas los gemidos inenarrables de tu Espíritu que anhela consumar en ellas su obra santificadora. Escucha las plegarias irresistibles de María y déjate enternecer por sus lágrimas.*

*Muévelas, atráelas, ablándalas y si resisten a tu dulce llamado “compele aún esas voluntades rebeldes”, para gloria tuya y consuelo de Jesús, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén” (ECC 1, 148-151).*

Orar, “nada sin oración, todo como fruto de la oración”, fue para el P. Félix la fuerza interior que lo sostenía, lo que alimentaba su imaginación y sus ideales para hacer algo nuevo por sus sacerdotes.

El P. Félix fue un hombre de mucha oración; por eso, fue un sacerdote de mucha acción. En él se cumplió mejor que en nadie su propia consigna: “Ante todo contemplativos, después hombres de acción”. Atento amorosamente a Dios, a quien contemplaba como Padre misericordioso más que como Dios de la justicia.

Orar, para el P. Félix, era ir transformándose más y más en Jesús, posibilidad que sólo el Espíritu Santo realizaba en él, hombre dócil y generoso para responder a sus inspiraciones.

Hacer nuestra su oración por los sacerdotes es acertar a vivir uno de los rasgos fundamentales de su espiritualidad.